

## La página en blanco

*“Encomienda a Jehová tu camino, confía en él y él hará”*  
(Salmo 37:5).

1<sup>o</sup>  
enero

Una página en blanco podría parecer que no dice nada porque nada hay escrito en ella, pero puede sugerir o insinuar muchas cosas. Una página blanca es una página inmaculada, limpia, sin borrones ni manchas. También es símbolo de lo inédito; es el espacio donde todavía se pueden escribir proyectos, trazar itinerarios, determinar acciones del futuro. El gran poeta Rabindranath Tagore, escribió estos maravillosos versos: “Has escrito ya muchas páginas en tu libro;/ unas son tristes, otras alegres,/ unas limpias y claras,/ otras son borrosas y oscuras./ Pero aún queda una página en blanco, la que has /de escribir en este día./ Te falta por llenar la página de hoy./ Piensa y quiere que esta sea la página/ más bella, la más sincera, la más sentida./ Cada mañana al despertar recuerda/ que aún has de llenar la mejor de tus páginas,/ la que dirá lo mejor que tú puedes dejar en el libro/ que estás escribiendo con tu propia vida./ Piensa que siempre te falta por escribir/ la página más bella”.

Al comienzo de un nuevo año, la página blanca significa tiempo de oportunidad, de empezar de nuevo, de dejar atrás experiencias rotas. Es tiempo, para algunos, de resucitar como el hijo de la viuda de Naín cuando Jesús le dijo: “Joven, a ti te digo, levántate” (Luc. 7:14). Y la oportunidad nos trae a nosotros los cristianos retos y desafíos. En este nuevo año, estamos llamados a marcar el rumbo de la iglesia en un mar de confusión y vientos vertiginosos. Hoy, cuando debemos afrontar los hechizos de un mundo devorador de conciencias, cuando el tiempo se nos acaba para el cumplimiento de la misión, Dios nos da la providencial oportunidad de escribir la página más bella, la mejor de nuestras páginas.

La página blanca representa también tiempo de aceptar compromisos. Daniel, al llegar a Babilonia, deportado, separado de sus padres, aunque escogido para formar parte de la corte caldea, y aun sabiendo el peligro que corría en aquel ambiente corrupto, tomó una importante resolución que escribió en esa nueva página de su vida: “Propuso en su corazón no contaminarse” (Dan. 1:8).

En este año, tú también proponte no contaminar tu vida con malas influencias. Deja que el cielo te use como un poderoso testimonio de que hay un Dios en los cielos...

## Es el tiempo de entender las profecías

*“Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia aumentará”*

(Daniel 12:4).

Hace algunos años, hablar del fin del mundo era un tema casi exclusivamente religioso. Parecía que los sermones de líderes espirituales acerca del futuro eran demasiado catastróficos, infaustos y negativos ante los discursos progresistas y vanguardistas de los sectores científicos de la sociedad. Sin embargo, actualmente son los ambientalistas, los ecologistas e investigadores quienes están seriamente preocupados por el calentamiento global y el cambio climático del planeta, el cual ha provocado que hoy padezcamos cada vez más huracanes —y más agresivos— así como más terremotos. A eso hay que agregar las asfixiantes crisis económicas en diversas partes del mundo, así como la amenaza de estallidos sociales que eso puede provocar. Son tiempos de una enorme intranquilidad social, como predijo la Biblia, un escenario de “angustia de las gentes” previo a la venida de Jesús a este mundo (Luc. 21:25).

En efecto, nueve veces, la expresión “tiempo del fin” y otros términos paralelos aparecen en el libro del profeta Daniel. Por otra parte, todos los ciclos proféticos que presenta se cierran con una descripción de los eventos que tendrán lugar al final de la historia. Hasta el siglo XVIII, la parte de este libro relativa a los acontecimientos finales había sido considerada como oculta, secreta, incomprensible, pero en el siglo XIX, el tiempo del cumplimiento de lo profetizado estaba cerca y el libro debía ser estudiado y revelar los secretos tan celosamente guardados. Así lo comprendieron y proclamaron los pioneros de nuestra iglesia. Elena de White escribe: “A medida que nos acerquemos al término de la historia de este mundo, las profecías registradas por Daniel exigen nuestra atención especial, puesto que se relacionan con el tiempo mismo en el que estamos viviendo” (*Profetas y reyes*, p. 245).

Los anuncios del libro de Daniel son una providencia especialmente revelada para el pueblo de Dios del tiempo del fin. Ellos nos marcan el camino que debemos seguir y el mensaje del juicio que debemos predicar; nos dan fe y seguridad en la dirección profética de Dios; nos advierten y preparan para el gran reencuentro con nuestro Salvador. Nos recuerdan que hay un Dios en los cielos invitándonos a estar pendientes del reloj profético, recordándonos que ha llegado el momento de estudiar las profecías que anuncian el devenir de este mundo.

Hoy es el tiempo ideal para levantar nuestras cabezas y observar con atención el cumplimiento de las profecías que anuncian el regreso de Jesús a este mundo.

## La historia en está en sus manos

---

*“En el primer año de Belsasar, rey de Babilonia, tuvo Daniel un sueño y visiones de su cabeza mientras estaba en su lecho; luego escribió el sueño y relató lo principal del asunto”*

(Daniel 7:1).

3

enero

El estudio de Daniel y Apocalipsis resulta muy atractivo al lector que desea descubrir su contenido. Las narraciones del texto, llenas de datos reveladores del contexto cultural en el que fueron escritas, el cumplimiento histórico de sus impresionantes cuadros proféticos y de sus cronogramas, el singular simbolismo de las visiones del Apocalipsis, el significado criptográfico de los números, las bestias, la descripción portentosa de los eventos finales, tienen una lógica y secuencia fascinantes.

Uno de los campos en el que mayores avances se han hecho en la comprensión e interpretación de la literatura apocalíptica de la Biblia ha sido el análisis literario. El descubrimiento de la estructura literaria de esos libros, en particular la del libro de Daniel, con un plan minuciosamente elaborado, nos ha puesto al descubierto los secretos del autor, lo que pretendía enseñar al escribir el libro. Y es precisamente en ese esquema literario repetitivo que aplica tanto en las narraciones de los primeros seis capítulos como en las cuatro visiones proféticas que presenta, donde hemos encontrado una clave fundamental para su interpretación.

¿Qué significa todo esto? Que Dios conoce el devenir de este mundo. En medio de las luchas por el poder que han marcado el rumbo de la humanidad, la historia ha seguido una ruta que fue revelada al profeta Daniel. En más de una ocasión, algún soberano, un militar o un gobernante han pretendido modificar el escenario profético con ciertas acciones temerarias —como el inicio de una guerra—, no obstante, con el paso del tiempo, la tendencia ha vuelto a seguir el derrotero marcado por la profecía bíblica.

La idea esencial de cada narración o visión es el triunfo final de la verdad y de los hijos de Dios. Pero hay un Dios en los cielos... que está detrás de la historia. Nadie está por encima de su autoridad. El Padre soberano, providente, dice la última palabra, hace juicio y dicta sentencia. Nada en este libro es el resultado del azar. Dios reina. La historia está en sus divinas manos.

Te invito a recordar esta gran verdad en tu vida. No permitas que los afanes de este mundo nublen tu vista y te impidan contemplar la gran verdad del mensaje profético de la Biblia: Dios conoce hacia dónde se dirige este mundo. Confía en él. Te espera el triunfo del amor de Dios.

## Dios es mi juez

.....

*“Estuve mirando hasta que fueron puestos unos tronos  
y se sentó un Anciano de días [...]. Un río de fuego procedía  
y salía de delante de él; miles de miles lo servían,  
y millones de millones estaban delante de él.  
El juez se sentó y los libros fueron abiertos”  
(Daniel 7:9, 10).*

¿Alguna vez has tenido miedo al pensar en el juicio de Dios? En realidad, no resulta fácil entender el concepto bíblico del juicio. Por lo general, se piensa en este evento como algo negativo. Sin embargo, si es un elemento vinculado a las acciones del Padre celestial, no puede ser algo malo. Al contrario, tiene que haber propósitos santos, justos y buenos, tal como se revela el carácter de Dios en las Sagradas Escrituras.

El tema del juicio es recurrente a lo largo del libro de Daniel. El nombre del autor, Daniel, significa ‘Dios es mi juez’ y, en la resolución final de cada crisis vivida por el protagonista del libro y sus amigos, así como en los eventos finales de cada visión profética, Dios interviene en un acto de juicio que vindica a sus hijos y dicta sentencia contra sus enemigos. En cada uno de los capítulos del libro de Daniel hay una referencia al tema del juicio. Es así como se presentan diversas escenas donde se observa un juicio, por ejemplo cuando se juzga la filosofía de la falsa y la verdadera educación entre los estudiantes hebreos y el resto de los jóvenes. ¿Qué los hace más inteligentes? ¿Por qué son muchachos destacados en la escuela? Vinculado a esto está el juicio sobre el régimen alimentario saludable y el dañino. Los caldeos creen que su alimentación es la mejor, pero Daniel y sus compañeros han decidido seguir un estilo de vida distinto, y eso los conduce a aprovechar mejor el aprendizaje. El tema del juicio aparece también al evaluar los reinos de este mundo –que son temporales y frágiles– y el reino de Dios –que es firme y eterno–, la falsa y la verdadera adoración, la conducta soberbia y orgullosa del rey Nabucodonosor, así como el acto sacrílego del rey Belsasar, entre otros.

El desenlace final de la historia de este mundo y de los hijos de Dios lo determina la providencia divina. Mediante un acto de juicio, su voluntad soberana dice la última palabra y consuma la historia.

Pero hay un Dios en los cielos... que es el verdadero Juez de nuestras acciones. No hay por qué temer sus juicios, ya que su naturaleza revela que es misericordioso.

## Dios está detrás de la historia

.....

*“Él muda los tiempos y las edades, quita reyes y pone reyes;  
da la sabiduría a los sabios y la ciencia a los entendidos”*  
(Daniel 2:21).

5  
enero

**E**n más de una ocasión, he visto creyentes dudar si Dios está verdaderamente al control de este mundo. Dice Elena de White: “En los anales de la historia humana, el crecimiento de las naciones, el levantamiento y la caída de los imperios, parecen depender de la voluntad y las proezas del hombre. Los sucesos parecen ser determinados, en gran parte, por su poder, su ambición o su capricho. Pero en la Palabra de Dios se descorre el velo, y contemplamos detrás, encima y entre la trama y la urdimbre de los intereses, las pasiones y el poder de los hombres, los agentes del Ser misericordioso, que ejecutan silenciosa y pacientemente los consejos de la voluntad de Dios. La Biblia revela la verdadera filosofía de la historia. [...] El poder que ejerce todo gobernante terrenal en la tierra se lo otorga el cielo, y su éxito depende de cómo lo ejerce. [...] Reconocer la obra de estos principios en la manifestación de su poder que ‘quita reyes, y establece reyes’, es comprender la filosofía de la historia” (*La educación*, p. 158).

Así pues, el Dios de la Biblia está tan estrechamente asociado a su obra que no se puede repasar la historia del mundo sin compendiar al mismo tiempo la historia misma de la providencia divina. Nada hay tan bien establecido como la finalidad providencial hacia la cual la humanidad se encamina. La filosofía providencialista de la historia nos enseña que el acontecer humano tiene un fin, que Dios gobierna la historia y que ha determinado su objetivo. De los planes divinos nos da cuenta la Biblia, que no es otra cosa que el relato de los actos sucesivos de Dios en la tierra, que conducen al acto redentor de la encarnación y que culminarán en la inauguración de su reino.

Este sentido oculto de la historia nos permite descubrir con esperanza que, a pesar del mal uso que los hombres hacen frecuentemente de la libertad y oportunidades que Dios nos da, el timón de esa nave lo lleva el Padre celestial, quien hace de cada ser humano, creado a su imagen, el objeto de su solicitud, amor y providencia.

Hoy te invito a reconocer que hay un Dios en los cielos que está al control de este planeta. Sus promesas son seguras. Decide serle fiel.

## Pero hay un Dios en los cielos

---

*“El misterio que el rey demanda, ni sabios ni astrólogos, ni magos ni adivinos lo pueden revelar al rey. Pero hay un Dios en los cielos que revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los últimos días”*  
(Daniel 2:27, 28).

En cierta ocasión, viví la incertidumbre de no comprender plenamente las circunstancias que la Providencia estaba permitiendo en mi vida. Aunque llevaba mi perplejidad en silencio y no era ostensible mi lucha interna, la verdad es que, en mi diálogo con Dios, me estaba identificando, sin percatarme de ello, con la pertinaz resistencia de Moisés a aquella extraña orden del Señor: “¡No pasarás este Jordán!” (Deut. 3:25-27). Pero yo sabía que para un ministro no hay circunstancias buenas o malas, no hay azar, no hay buena o mala suerte, porque su vida está en las manos de Aquel a quien sirve, que ordena sus pasos, traza su camino y controla su presente y su futuro. Por ello, preparé un sermón, no para presentarlo en un púlpito, no para mis hermanos, sino para mí mismo. No te extrañe que, en la práctica homilética, los mejores sermones sean, a veces, aquellos que el predicador prepara para sí mismo. Así nació en mi repertorio de predicaciones “Pero hay un Dios en los cielos” (Dan. 2:28).

Esta corta frase es la síntesis del mensaje implícito de todo el libro de Daniel, una de las esencias de la experiencia del creyente y una oportuna respuesta a mi incertidumbre. El análisis gramatical de la frase revela que hay dos oraciones coordinadas por la conjunción adversativa *pero*. En la oración principal podemos poner cualquier circunstancia, eventualidad o tragedia de la vida o de la historia, con sus presagios—buenos o malos— y su componente de angustia, impotencia, inseguridad e incluso de orgullo, vanidad o autosuficiencia. El nexos o conjunción adversativa *pero* expresa, en este caso, contraposición a lo que dice la oración principal, indicando que la segunda oración, “hay un Dios en los cielos”, a la que está unida, impide, contrarresta o atenúa lo dicho por la oración principal: sí, es verdad, esto que me está ocurriendo es terrible, incomprensible, irreparable, parece no tener remedio... pero hay un Dios en los cielos. La segunda parte de la frase, la oración unida a la principal por la conjunción *pero*, es Dios y su providencia. En solo una frase se resume el mensaje esperanzador del libro de Daniel.

Vive con la seguridad de que hay un Dios en los cielos... para disipar tus dudas, angustias y perplejidades.

## ¿Qué necesito para creer que él existe?

*“Pero sin fe es imposible agradar a Dios,  
porque es necesario que el que se acerca a Dios  
crea que él existe y que recompensa a los que le buscan”*  
(Hebreos 11:6).

7

enero

En los años de posguerra, los estudiantes del Seminario Adventista de Madrid nos abastecíamos de Biblias y literatura religiosa en la librería clandestina de una iglesia evangélica. El pastor era alemán y compartía su ministerio con el consulado de su país en Madrid. Un día me habló de un libro muy interesante titulado *A Dios por la ciencia*, que compré esperando encontrar en él pruebas científicas de la existencia de Dios, pero la verdad es que fue decepcionante. No, no las había, los científicos creyentes no lo habían podido demostrar... pero hay miles de evidencias. En efecto, más de cincuenta años después, los grandes avances de la ciencia han demostrado que el macrouniverso de lo infinitamente grande, así como el microuniverso de lo infinitamente pequeño, son una obra de diseño. Ariel A. Roth, en *La ciencia descubre a Dios*, pregunta a los científicos cómo es posible que ese diseño inteligente que se descubre en la naturaleza pueda ser el resultado del azar y no de la obra de un Diseñador, el Dios Creador de la Biblia.

El calor y la luz que nos vienen del sol, la formación del carbono en las moléculas orgánicas de los seres vivos, el aire que respiramos, todos los equilibrios que posibilitan la vida en nuestro planeta son una evidencia incontrovertible de que el universo ha sido diseñado para nuestro beneficio, hecho a la medida del hombre, como dice Génesis. ¡Sí, hay un Dios en los cielos!

¿Pero hasta dónde necesitamos “pruebas” para creer en la presencia del Padre celestial? ¿Qué clase de testimonios necesitamos para creer que hay un Dios en los cielos? Seguramente, el joven Daniel tuvo que enfrentar dichas preguntas durante sus años de estudio en las escuelas caldeas. En más de una ocasión tuvo que escuchar a maestros y sabios que negaban los principios bíblicos que había aprendido desde niño. No obstante, él sabía en quién había creído. No tenía ninguna duda de que había un Dios en los cielos que vigilaba su camino en aquellas lejanas tierras. Su lealtad a Dios y su dedicación al estudio lo prepararon para convertirse en uno de los profetas más importantes del Antiguo Testamento.

Este día el Padre celestial quiere revelarte una faceta de su amor. Dispón tu corazón para descubrirlo y reconocer que ¡hay un Dios en los cielos! Él te recompensará.

## ¿Dónde se va a sentar el ángel?

*“¿A dónde me iré de tu espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiera a los cielos, allí estás tú; y si en el seol hiciera mi estrado, allí tú estás. Si tomara las alas del alba y habitara en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano y me asirá tu diestra”*  
(Salmo 139:7-10).

El padre del pastor Pierre Winandi, Charles, fue un exitoso evangelista en la ciudad de París. En 1964, en ocasión de mi graduación, fue el orador invitado. En varias ocasiones se reunió con los graduados y nos contó una interesante historia. Cuando su esposa y él salían de su hogar hacia la sala de conferencias, dejaban al niño en la cama si las reuniones terminaban muy tarde. Le aseguraban que el ángel del Señor estaría guardándolo junto a su cama mientras ellos estaban ausentes. El niño estaba acostumbrado y, por lo general, se quedaba dormido pronto; pero, un día, viendo a la mamá que dejaba sus ropitas en la única silla del dormitorio, le dijo muy serio: “Mamá, quita mis ropitas de la silla, si no ¿dónde se va a sentar el ángel?” Para Pierre, la realidad de la presencia del ángel del Señor en su cuarto era indefectiblemente real.

El pastor Stanley Folkenberg me contó que un pastor jubilado, muy viejecito, amigo de la familia, pernoctaba de vez en cuando en su casa. Antes de acostarse, este buen hermano tenía por costumbre sentarse en el borde de la cama y pasar así un buen rato conversando con Dios. El anciano le contaba, como lo hubiera hecho a su esposa, las incidencias de la jornada y le pedía ayuda para las personas con las que se había encontrado aquel día. Así de real era Dios en su vida. ¿Habéis sentido alguna vez la presencia de Dios tan cerca de vosotros que os parecía recibir el calor de sus amorosos brazos y escuchar el suave murmullo de sus palabras?

David testimonia de la omnisciencia y omnipresencia divinas en el precioso Salmo 139 y reconoce que Dios ha estado a su lado desde el seno materno, que “yo despierto, y aún estoy contigo” (vers. 18), en todas partes, “allí estás tú” (vers. 8), en cualquiera lugar por lejos o escondido que esté “aun allí me guiará tu mano y me asirá tu diestra” (vers. 10).

¿Acaso has olvidado que él está junto a ti? No temas, su presencia te guardará. ¡Hay un Dios en los cielos!



## ¡Dios reina!

*“¡Jehová reina! ¡Se ha vestido de majestad!  
¡Jehová se ha vestido, se ha ceñido de poder!  
Afirmó también el mundo y no será removido”*  
(Salmo 93:1).

9

enero

Después de pasar una cruenta guerra civil y cuarenta años de dictadura, España goza hoy de un sistema de gobierno democrático con el restablecimiento de una monarquía constitucional. En las monarquías como la española, el rey reina pero no gobierna, esa función corresponde al poder ejecutivo, es decir, al presidente del gobierno y a sus ministros e instituciones. Aunque las leyes que promulga el Parlamento, están firmadas por el rey, no es él quien las decide, sino el poder legislativo, es decir, el Parlamento de los representantes del pueblo. El monarca es el garante de que se respete y cumpla la Constitución, asimismo, puede actuar cuando alguien altera el orden constitucional.

El 23 de febrero de 1981, España sufrió uno de los mayores ataques de la historia reciente a su democracia. Un grupo de militares tomó por asalto el Congreso de los Diputados y secuestró a los parlamentarios a punta de pistola. De pronto, los militares tomaron estaciones de radio y televisión. En Valencia los tanques y el ejército patrullaron las calles. La crisis parecía irrevocable. El país vivía horas de enorme angustia. Ante tal situación, el rey Juan Carlos I, asumió todos los poderes democráticos y restableció con autoridad y con la adhesión de las fuerzas armadas, el orden constitucional y la paz.

Algo parecido ocurre en la gran república de este mundo, Dios reina, pero no gobierna este mundo. Su soberanía está por encima de los vaivenes de la historia, a pesar de que el príncipe de este mundo reclama poder y autoridad en un territorio que no le pertenece. Su señorío es más fuerte que el poder de los gobiernos dirigidos por Satanás. Dios presente, Creador, Soberano en el principio de todo y Dios presente, Soberano, Juez, al final de todo. Esto enseñan las Sagradas Escrituras.

Satanás ha querido tomar por asalto este mundo, así como la vida de cada uno de sus habitantes. Pero nadie está obligado a vivir sometido a este forajido. ¡Acude al Rey de reyes! ¡Permite que él asuma todos los poderes de tu vida y espera que restablezca la paz y el orden en tu experiencia humana!

Muy pronto este mundo volverá a ser gobernado por su verdadero Soberano, ya que hoy Satanás detenta una autoridad que no le corresponde. Entonces, vendrá nuestra esperada liberación.

10  
enero

## Nuestros cabellos están todos contados

*“Guiaré a los ciegos por un camino que no conocían;  
los haré andar por sendas que no habían conocido.  
Delante de ellos cambiaré las tinieblas en luz y lo escabroso  
en llanura. Estas cosas les haré y no los desamparé”*  
(Isaías 42:16).

Dios no es el responsable de todo lo que ocurre en este mundo, pero interviene con frecuencia para paliar, mitigar o impedir las consecuencias del mal gobierno de los hombres: esto es la providencia. Es la disposición que Dios toma ante un hecho acontecido para componerlo o remediar el daño que pueda resultar. Es el cuidado y la sabia previsión que Dios tiene de sus criaturas en un mundo de eventualidades dolorosas. La providencia divina es el antídoto del mal en el mundo, Dios ofrece soluciones y alternativas, Dios cambia las circunstancias, escribe recto sobre los renglones torcidos que le damos los hombres. La providencia divina va más allá de las expectativas humanas, su cuidado y dirección nos permiten conocer alternativas que no habíamos previsto. “Presentad todos vuestros planes a Dios, a fin de que él os ayude a ejecutarlos o abandonarlos según lo indique su Providencia. Aceptad los planes de Dios en lugar de los vuestros, aunque esta aceptación exija que renunciéis a proyectos por largo tiempo acariciados. Así, vuestra vida será siempre más y más amoldada conforme al ejemplo divino, y “la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros entendimientos en Cristo Jesús” (Fil. 4:7)” (*Testimonios para la iglesia*, t. 7, p. 46).

El alcance de la providencia divina, implícita en la frase del profeta Daniel “pero hay un Dios en los cielos”, fue tratada por el mismo Jesús en el sermón de la montaña: “Pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. [...] Vosotros pues, no os preocupéis por lo que habéis de comer ni por lo que habéis de beber, ni estéis en ansiosa inquietud, porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo, pero vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de ellas” (Luc. 12:7, 29-30). Las soluciones más convenientes, las salidas más insospechadas, los cambios más prodigiosos son los que la Providencia nos tiene a menudo preparados en su extraordinario libro. “En el libro de la providencia divina o volumen de la vida, se nos da a cada uno una página. Esta página contiene todo detalle de nuestra historia. Aun los cabellos de nuestra cabeza están contados. Dios no se olvida jamás de sus hijos” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 280).

Agradece hoy a Dios sus tiernos cuidados hacia ti. Él te conoce mejor que nadie.

## Dios es amor

.....

*“Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor, y el que permanece en amor permanece en Dios y Dios en él”*

(1 Juan 4:16).

11  
enero

Recuerdo el incendio de la Biblioteca Nacional de Sarajevo (Bosnia-Herzegovina) a finales de agosto de 1992. El edificio era el símbolo de la identidad de un pueblo, poseía dos millones de libros y miles de documentos y manuscritos de gran valor. El fuego de artillería del ejército serbobosnio impactó en el edificio y los libros allí depositados ardieron.

Haciendo ahora un pequeño esfuerzo de imaginación, supongamos que uno de aquellos códices de Sarajevo, era una copia única de la primera epístola de Juan donde el fuego había destruido la mayor parte del capítulo cuatro del escrito. En el versículo ocho, casi todo chamuscado, a duras penas se podía todavía leer “Dios es...”, el resto era ilegible. ¡Qué lástima! De no haberse quemado hubiésemos podido contar con una definición de la naturaleza de Dios. El misterio pudo finalmente revelarse, la frase del manuscrito completarse, porque—seguimos imaginando— los expertos, consiguieron desplegar la parte quemada del capítulo cuatro y mostrar, en el versículo dieciséis, la palabra que faltaba: amor.

Sí, Dios es amor, el amor es su ser, su sustancia, su vida. El amor resume todas sus obras y explica todos sus caminos. El amor venció al pecado para darnos la vida eterna. El amor es el objeto de la admiración de los ángeles y lo será para nosotros en la eternidad. Los pensamientos de Dios son amor, su voluntad es amor, su providencia es amor, sus dispensaciones son amor, su santidad es amor, todo en él es amor. ¡Dios es amor! ¡Sus palabras son amor! ¡Su celo es amor! ¡Sus gozos son amor! ¡Sus lágrimas son amor! ¡Sus reproches son amor! ¡Sus juicios son amor!

Este pequeño mundo es el mayor campo de operaciones del amor divino, por eso es un libro de texto para el universo. Tanto los ángeles como los habitantes de los mundos no caídos estudian los misterios del amor redentor manifestado en la cruz de Cristo y, junto a los redimidos, lo seguirán estudiando en la eternidad. Entretanto, la luz que se desprende del Calvario es la fuente y la inspiración de todo acto de amor que se prodiga en la humanidad.

Dios te ama. No lo olvides. No importa quién seas. Decídate a compartir el gran mensaje del amor de Dios donde quiera que vayas.

## La caja de Pandora

.....

*“Porque tú, Señor Jehová, eres mi esperanza,  
seguridad mía desde mi juventud”*  
(Salmo 71:5).

Cuenta Hesíodo, en su obra *Los trabajos y los días*, que Prometeo robó el fuego del carro del dios Sol y lo entregó a los hombres. Zeus, el dios principal, se enfadó mucho y quiso castigarle mandando crear una mujer llamada Pandora, que envió a casa de Prometeo, donde vivía también su hermano Epimeteo, quien se enamoró de ella y la tomó como esposa. Pero Pandora traía consigo una misteriosa caja que contenía todos los males capaces de llenar el mundo de desgracias y sufrimiento y todos los bienes para poder remediarlos. Epimeteo advirtió a Pandora del peligro de abrir aquella caja pero esta, víctima de su curiosidad, la abrió un aciago día; y de allí se escaparon todos los males que asaltan todavía hoy a los desdichados mortales. También salieron todos los bienes, pero estos subieron de nuevo al Olimpo de los dioses. Asustada de lo que había hecho, Pandora, la primera mujer, cerró inmediatamente la caja quedando dentro el don de la esperanza, tan necesaria para superar precisamente los males que acosan al hombre. Con el mito de la caja de Pandora explicaban los antiguos griegos el origen del mal y su remedio.

La providencia divina rompe el fatalismo del mal, le abre vías alternativas, lo encierra con sus promesas en un espacio de temporalidad y genera, en este mundo, la esperanza. La esperanza es más que una de las tres virtudes teológicas, más que una ilusión, es un estilo de vida, el de los hijos de Dios y más particularmente el de los que vivimos en la espera del advenimiento. La Biblia es un mensaje que crea esperanza. Creer en Dios es esperar en él, y esperar en él es ir más allá de las dolorosas eventualidades del presente, más allá de los tristes presagios del futuro; es vivir seguros, confiados en la intervención divina en favor nuestro, y esto no solo en el horizonte de la historia de aquí y ahora, sino en el horizonte de la eternidad junto a él.

Vivir con esperanza, como dice Elena de White, es un testimonio para el mundo: “Gozosos en la esperanza” (Rom. 12:12). “Doquiera vayamos, debemos llevar una atmósfera de esperanza y gozo cristianos; entonces quienes están separados de Cristo verán atractivo en la religión que profesamos; los incrédulos verán la consistencia de nuestra fe” (*Dios nos cuida*, p. 332).

Jesús puede hacer que tu rostro refleje hoy esa bendita esperanza y que su gracia elimine cualquier tristeza de tu corazón. ¡Pídeselo!

## La morada de Dios en los cielos

---

*“Jehová está en su santo Templo;  
Jehová tiene en el cielo su trono; sus ojos observan,  
sus párpados examinan a los hijos de los hombres”*  
(Salmo 11:4).

13  
enero

Hay un Dios en los cielos. La realidad de la presencia de Dios en este mundo es una verdad incuestionable confirmada en su Palabra (Hech. 17:27-28; Mat. 1:23). Además, la Biblia ubica la morada de Dios en los cielos: “Jehová tiene en el cielo su trono”, “A ti alcé mis ojos, a ti que habitas en los cielos”, “Esta fuerza operó en Cristo, resucitándolo de los muertos y sentándolo a su derecha en los lugares celestiales” (Sal. 11:4; 123:1; Efe. 1:20). Esto no significa que Dios esté lejos de nuestros problemas y de nuestros destinos. Desde los cielos, Dios contempla, mira a los hombres, se interesa y dirige las cosas de este planeta.

El mundo de las cosas terrenales y las celestiales, aunque a veces enfrentados como consecuencia del pecado, no están opuestos; las dimensiones vertical y horizontal de la vida humana se cruzan y entrelazan. Nuestra relación con el Dios que tiene su trono en los cielos ilumina, enriquece y asegura nuestra situación aquí en la tierra. Cristo vino a este mundo para unir de manera inseparable el cielo y la tierra.

“En Cristo llegamos a estar más íntimamente unidos a Dios que si nunca hubiésemos pecado. Al tomar nuestra naturaleza, el Salvador se vinculó con la humanidad por un vínculo que nunca se ha de romper. A través de las edades eternas, queda ligado con nosotros” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 17).

Con la ascensión de Cristo a los cielos junto al Padre, nos trasladó místicamente con él a los lugares celestiales. La expresión “lugares celestiales” solo aparece en Efesios (1:3, 20; 2:6; 3:10; 6:12) y destaca los beneficios obtenidos por la victoria de Cristo en su encarnación. A menos que comprendamos bien las cosas celestiales, no podremos superar las circunstancias difíciles que vivimos en la tierra ni entender cómo Dios actúa con nosotros.

El sueño de Jacob en Betel, la escalera que unía el cielo y la tierra, no fue únicamente una promesa de bendición que iba a acompañar al patriarca en su vida. Esa escalera sigue estando alzada para todos aquellos que quieran unir sus experiencias dolorosas, inquietantes o gozosas, esperanzadas y promisorias con la providencia de un Dios que, desde los cielos, se sigue ocupando de nosotros.

¿No crees que es necesario fortalecer tus vínculos con tu Padre celestial? Él te espera. Está listo para morar en tu corazón.

14  
enero

## Con la fuerza de mi poder

.....

*“Al cabo de doce meses, paseando por el palacio real de Babilonia, habló el rey y dijo: ‘¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?’ ”*

(Daniel 4:29-30).

Nabucodonosor tenía razón. Desde aquella terraza de su palacio se podían contemplar zigurats, templos y, al oeste del palacio, junto al río Éufrates, los famosos jardines colgantes de la ciudad, construidos por el rey en honor a una de sus esposas. Esos jardines están considerados como una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo. ¡Qué lástima! Nabucodonosor no había aprendido la lección. Un año antes, había tenido un segundo sueño, que le interpretó Daniel, en el cual Dios le anunciaba que durante siete años sería reducido a vivir como una bestia del campo. El profeta le había advertido: “Tu reino te quedará firme, después que reconozcas que es el cielo el que gobierna. Por tanto, oh rey, acepta mi consejo: redime tus pecados con justicia, y tus iniquidades haciendo misericordias con los oprimidos, pues tal vez será eso una prolongación de tu tranquilidad” (Dan. 4:26-27).

Jamás hemos de olvidar que es Dios quien ha hecho posible todo lo que somos o poseemos, un Dios providente que, sin percatarnos de ello, ha creado o cambiado las circunstancias, nos ha preparado el camino, ha despertado nuestro interés, nos ha abierto puertas de oportunas posibilidades, nos ha dado la visión, la inteligencia y las fuerzas para conseguir las riquezas, la posición, el bienestar que gozamos. Cuando los israelitas iban a entrar en la tierra de promisión después de un éxodo providente, aunque duro y largo; cuando iban a disfrutar de casas, campos, frutos y ganados en aquella tierra que “fluía leche y miel”, Moisés les advirtió: “No se te ocurra pensar: “Esta riqueza es fruto de mi poder y de la fuerza de mis manos”. Recuerda al Señor tu Dios, porque es él quien te da el poder para producir esa riqueza; así ha confirmado hoy el pacto que bajo juramento hizo con tus antepasados” (Deut. 8:17-18, NVI).

Recuerda que hay un Dios en los cielos... cuando todo te va bien, cuando la vida te sonrío; cuando tienes éxito en el trabajo o en los estudios, cuando hay paz y prosperidad en tu familia, cuando gozas de buena salud; cuando te sientes satisfecho y orgulloso de tus logros. Eso te alejará de la soberbia y te dará aún más las bendiciones del cielo.

## La crisis revela el carácter

.....

*“¿Por qué no morí yo en la matriz?  
¿Por qué no expiré al salir del vientre?”  
(Job 3:11).*

15  
enero

**P**obre Job! Su clamor es el de alguien que se siente abandonado por Dios; en pocos días, lo perdió todo, las propiedades, los hijos, la salud, la esposa... Y perdió algo que, si cabe, es aún más terrible: la confianza en sí mismo para sobreponerse. Sus amigos le hicieron sentir que lo que le había acontecido era consecuencia de su iniquidad: “Tú dices: ‘Mi doctrina es recta, y yo soy puro delante de tus ojos’. Mas ¡ah, quién diera que Dios hablara, que abriera para ti sus labios y te declarara los secretos de la sabiduría, que son de doble valor que las riquezas! Sabrías entonces que Dios te ha castigado menos de lo que tu iniquidad merece” (Job 11:4-6). Pero hay algo esencial que el patriarca no perdió, ni siquiera cuando se deseaba la muerte, fue su confianza y esperanza en su Redentor: “Pero yo sé que mi Redentor vive, y que al fin se levantará sobre el polvo, y que después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios. Lo veré por mí mismo; mis ojos lo verán, no los de otro. Pero ahora mi corazón se consume dentro de mí” (19:25-27).

Pero hay un Dios en los cielos... cuando todo nos va mal. Cuando el infortunio, la desgracia, el sufrimiento parece que se han cebado con nosotros; cuando los problemas se multiplican sin darnos tregua; cuando no vemos la mano de Dios en nuestras vidas; cuando el cielo se ha tornado sordo, insensible a nuestras plegarias; cuando Dios parece habernos abandonado. Cuando no comprendemos por qué nos ocurren ciertas cosas, por qué a nosotros: una enfermedad grave, la pérdida del empleo, la muerte de un ser querido. ¿Por qué?

Jamás debemos olvidar que nuestro Dios es un Dios providente que nos ama y protege, que tiene entre sus dedos nuestras vidas, que puede y sabe cómo hacer girar las circunstancias, que conoce a dónde nos quiere conducir. Un Dios que respondió a la fe y confianza de Job de manera insospechada. El patriarca que había perdido la ilusión de vivir no solo se arrepintió de sus protestas, sino que además confesó: “Reconozco que he hablado de cosas que no alcanzo a comprender, de cosas demasiado maravillosas que me son desconocidas” (Job 42:3, NVI).

No olvides hoy que la crisis revela el carácter. Todo sufrimiento es temporal. No claudiques ante él. Mejor confía, como Job, que tus ojos contemplarán el retorno de Jesús a este mundo.

16  
enero

## El que me juzga es el Señor

.....

*“En cuanto a mí, en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros o por tribunal humano. ¡Ni aun yo mismo me juzgo! Aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado; pero el que me juzga es el Señor”*  
(1 Corintios 4:3, 4).

**E**mitir juicios sobre los ministros de Dios y hacer comparaciones entre ellos, ha sido práctica inveterada de algunas iglesias. En la de Corinto, los creyentes se habían dividido en cuatro partidos rivales de acuerdo con sus preferencias: los de Pablo, el fundador de la iglesia; los de Apolos, un brillante predicador de Alejandría; los de Cefas, por haber sido uno de los doce que perteneció al grupo íntimo de Jesús; y los de Cristo, que rechazaban cualquier afiliación, pero no menos agresivos que los otros, puesto que, entre ellos, había “celos, contiendas y disensiones” (1 Cor. 3:3) que daban lugar a divisiones (1:10) y en las que los peor parados eran los propios ministros, denostados por unos, que los juzgaban implacablemente, y aplaudidos por otros, que los encomiaban en exceso. En este contexto, Pablo les dijo: “En cuanto a mí, en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros o por tribunal humano. ¡Ni aun yo mismo me juzgo! Aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado; pero el que me juzga es el Señor” (4:3, 4).

¿Quién no ha sido alguna vez juzgado mal, acusado de manera injusta? ¿Has sido alguna vez víctima de los celos, la perfidia o la maledicencia? ¿Te has visto calumniado, desprestigiado, hundido, denigrado o marginado por las malas lenguas sin saber cómo defenderte y sin poder demostrar la verdad?

Si no te ha ocurrido todavía, te puede llegar a suceder y, entonces, jamás has de olvidar la importancia de tener la conciencia tranquila, que Dios conoce la verdad, que él es justo y santo, que además conoce tu corazón y que él es quien te juzga y defiende. También Daniel y Pablo fueron acusados y denunciados sin motivo por sus enemigos u opositores, pérfidos los unos o simplemente equivocados los otros, pero a ambos, Dios los vindicó, los exoneró y los libró porque, al igual que Jesús, encomendaba “la causa al que juzga justamente” (1 Ped. 2:23).

Recuerda que, cuando eres víctima de malos entendidos y falsas acusaciones, hay un Dios en los cielos... que en su momento dará a cada uno lo que le corresponde.



## No te tengas por sabio

.....

*“Unánimes entre vosotros; no seáis altivos, sino asociaos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión”*  
(Romanos 12:16).

17  
enero

Las controversias religiosas suelen ser encendidas, posiblemente porque están en juego cuestiones trascendentales de las que depende, muchas veces, la comprensión de la verdad. Pablo lo sabía por propia experiencia y, aunque trataba de combatir los artificios de error refiriéndose a la verdad en un espíritu de amor (Efe. 4:15), no le tembló la mano al denunciar los cambios doctrinales de los gálatas o los errores de los falsos maestros judaizantes (Gál. 3:1; 2 Cor. 2:17). Estas polémicas, tristemente, han sido a lo largo de la historia causa de divisiones y disidencias. Y aunque los enfrentamientos entre la verdad y el error han permitido desenmascarar doctrinas falsas que nada tenían que ver con la sana doctrina, al denunciar interpretaciones fantasiosas de la Escritura e identificar las apostasías, muchas veces, la herejía y el error se han enfrentado no solamente a la verdad, sino también a la soberbia y el orgullo espiritual manifestados por los representantes de la ortodoxia. Por eso Pablo recomienda a los romanos: “Unánimes entre vosotros; no seáis altivos, sino asociaos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión”.

Jamás hemos de olvidar que solo Dios está en posesión de la verdad plena porque él es la verdad, los hombres buscamos la verdad pero no la poseemos, ella nos posee por la gracia de Dios, mediante su Palabra y la obra del Espíritu Santo; que en toda controversia o polémica de la naturaleza que sea, debemos buscar dar gloria a Dios y no a nosotros mismos; que la arrogancia y la altivez no son patrimonio de la verdad porque los que son de la verdad y poseen la sabiduría que procede de Dios “llevan ante todo una vida pura; y además son pacíficos, bondadosos y dóciles. Son también compasivos, imparciales y sinceros, y hacen el bien” (Sant. 3:17, DHH).

Pero hay un Dios en los cielos... cuando me obstino en hacer valer mi opinión en una polémica en la que hay confrontación de pareceres; cuando me siento superior; cuando creo ser el único que tiene razón; cuando trato de hacer prevalecer mi criterio; cuando lo que busco es enaltecer mi propia gloria; cuando dudo de la honestidad y sinceridad de los oponentes; cuando, sin darme cuenta, estoy actuando como un gran orgulloso o egoísta y me he convertido en un obstáculo insalvable para el consenso y la unidad.

Pide hoy al cielo que aparte de tu vida ese espíritu y te ayude a favorecer la unidad en tu iglesia.

“Volvió luego a sus discípulos y los halló durmiendo, y dijo a Pedro:  
¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?”

(Mateo 26:40).

En todo este relato de la oración en el huerto de Getsemaní, hay varias palabras importantes y altamente significativas: la angustia y tristeza de Jesús, su rogativa al Padre “si es posible, pase de mí esta copa”, su sumisión a la voluntad divina “pero no sea como yo quiero, sino como tú”, el momento pavoroso cuando “la suerte de la humanidad pendía de un hilo” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 641). Pero yo encuentro una pequeña palabra, exclusiva del relato de Mateo, repetida dos veces, que me parece sensible y muy significativa, “conmigo”. “Es tal la angustia que me invade, que me siento morir –les dijo–. Quedaos aquí y permaneced despiertos conmigo” (Mat. 26:38, NVI). Y, por el hecho de encontrarlos dormidos tres veces, negándole la ayuda moral y la compañía que necesitaba de ellos, esa palabra conmigo, incumplida, omisa en la actitud de los discípulos, subraya aún más en el relato la gran soledad de Jesús en Getsemaní, tal como el profeta mesiánico lo había anunciado: “He pisado yo solo el lagar; de los pueblos nadie había conmigo” (Isa. 63:3).

Pero hay un Dios en los cielos... cuando nos sentimos solos, sin apoyos humanos, cuando nos ha fallado la ayuda que esperábamos; cuando ni la familia, ni los amigos, ni la iglesia, ni el pastor nos han ayudado a superar nuestra desventura; cuando estamos llevando nuestra pesada cruz solos, en silencio, sangrando por dentro, sin que nadie se percate de ello. Sin que nadie nos ofrezca una mano a la que aferrarnos, un hombro en el que apoyarnos. ¿Cómo pueden guardar silencio y aparentemente ignorar o desentenderse de nuestro dolor nuestros queridos amigos y hermanos?

Jamás debemos olvidar que Dios conoce nuestro sufrimiento; que jamás estamos solos, que él camina siempre a nuestro lado, detrás de nosotros, extendiendo sus brazos amorosos para sujetarnos si vamos a caer, que podemos comprobar las huellas que va dejando tras las nuestras sobre el terreno que humedecen nuestras lágrimas y que, cuando solo se ven dos huellas, y creemos que nos ha abandonado, es porque nos ha tomado en sus brazos...

¡No! El Señor no se dormirá, como hicieron los discípulos en la noche de la gran aflicción de Jesús. “No dará tu pie al resbaladero ni se dormirá el que te guarda” (Sal. 121:3).

Abre tu corazón a Jesús en oración. Exprésale tu gratitud y confíesale tus pecados. Guarda silencio y escucha su voz.

## Lazos y cuerdas de amor que se han roto

19  
enero

*“Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor;  
fui para ellos como los que alzan el yugo de sobre su cerviz,  
y puse delante de ellos la comida. No volverá a tierra de Egipto,  
sino que el asirio mismo será su rey,  
porque no se quisieron convertir”*  
(Oseas 11:4, 5).

La Escritura compara el amor divino hacia sus hijos con el amor conyugal. En la profecía de Oseas esta relación toma tintes dramáticos porque el Señor, extrañamente, ordena al profeta: “Ve, toma por mujer a una prostituta y ten hijos de prostitución con ella, porque la tierra se prostituye apartándose de Jehová” (Ose. 1:2). La vida matrimonial de Oseas había de ilustrar el misterio de los designios de Dios con Israel. Tomó a Gomer por esposa, tuvo tres hijos varones con ella, pero su mujer le fue infiel marchando tras sus amantes y abandonando a su marido. El alma trastornada y agitada del profeta continuó, sin embargo, amándola y esperando que regresase al hogar. Así, el amor de Dios por su pueblo, la ternura paternal con sus hijos, protagonizados en su trágica experiencia personal, fueron el mensaje de conversión y esperanza dirigido a Israel.

En efecto, los sentimientos más íntimos del ser humano se expresan en el matrimonio y la vida familiar, pero esos lazos de ternura y cuerdas de amor se rompen con el divorcio. ¿De qué libera el divorcio y a qué precio? ¿Se puede hablar de divorcio real cuando existen hijos nacidos en el matrimonio? ¿Cómo, según la Palabra de Dios, podemos estabilizar las relaciones conyugales o prevenirlas? ¿Qué ayuda nos ofrece el Señor?

¡Qué desgracia! Todo un hermoso proyecto de vida se ha desmoronado. Jamás debemos olvidar que el divorcio ilustra en la Biblia la desdicha de la ruptura con Dios, que lo que él juntó no quiere que lo separe el hombre, que sobre el matrimonio cristiano reposa una bendición y bienaventuranza divinas y el don de la gracia santificante para conservarlo y fortalecerlo que podemos invocar, que el amor conyugal “es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia; el amor no es jactancioso, no se envanece, no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, sino que se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser” (1 Cor. 13:4-8).

No olvides que hay un Dios en los cielos... cuando parece inevitable la ruptura conyugal; cuando los vínculos de amor parecen haber desaparecido; cuando tras el divorcio se siente frustración, soledad y fracaso personal; cuando mirando hacia atrás prevalecen la nostalgia, el sentimiento de culpa o el enojo.

## Pan de sollozos

.....

*“Antes que mi pan, llega mi suspiro, y mis gemidos corren como el agua; porque me ha venido aquello que me espantaba, me ha acontecido lo que yo temía”*

(Job 3:24, 25).

¿Has sufrido algún proceso depresivo? ¿Te has visto obligado(a) a tomar, por prescripción médica, ansiolíticos? ¿Sabías que en Suiza germano-parlante la depresión es endémica? Lo dijo Karl Stambach, un colega suizo, a quien le escuché una interesante predicación sobre la depresión. Dos veces en mi ministerio he tenido que intervenir en casos de suicidio por causa de la depresión: uno en un nivel de intento fallido, el otro horriblemente consumado, y también recuerdo a un querido colega, al frente de una gran iglesia, que un día me confesó: “Carlos, a veces, quisiera morirme”. Y es que un estado depresivo, cuando ha hecho presa de nuestra ánimo, cuando atenaza nuestra voluntad, es terrible, incontrolable, absolutamente negativo, sin horizonte de salida, irracional, como dijo Job es: “Antes que mi pan, llega mi suspiro, y mis gemidos corren como el agua; porque me ha venido aquello que me espantaba, me ha acontecido lo que yo temía”.

Pero hay un Dios en los cielos... cuando estoy abrumado por las circunstancias de la vida y no me siento capaz de ir adelante, cuando me siento desanimado, cuando no veo luz al final del túnel, cuando mi vida me parece demasiado difícil, cuando quisiera morirme; cuando los médicos me han dicho que estoy sufriendo una depresión, siento que estoy enfermo y no sé cómo salir de ello. Desgraciadamente, hoy es la enfermedad de moda, millones de personas sufren depresión, particularmente en las sociedades desarrolladas y, sorprendentemente, también en la iglesia.

Jamás hemos de olvidar que el desaliento y el desánimo, como carencias del alma, fueron padecidos por muchos hombres de Dios: Job en su dura prueba, Abraham después de su victoria sobre los reyes de la llanura, José al ser vendido por sus hermanos, Josué cuando tuvo que suceder a Moisés e iniciar la conquista, Saúl cuando supo que había sido destituido por Dios, David cuando huía de la persecución a muerte por parte del rey de Israel; Elías cuando, amenazado por Jezabel, quería morirse; Jeremías, Juan el Bautista, Pedro, entre otros. Si, es verdad, la depresión también golpea a los fieles hijos de Dios en algún momento de sus vidas.

Dios conoce la fragilidad de cada uno de sus hijos y sabe hasta dónde puede soportar las crisis emocionales. En medio de cualquier situación, todos hemos de recordar que podemos acudir “confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Heb. 4:16).

## Sin techo y sin hogar

21  
enero

*“Viéndose Jesús rodeado de mucha gente, dio orden de pasar al otro lado. Se le acercó un escriba y le dijo: ‘Maestro, te seguiré adondequiera que vayas’. Jesús le dijo: ‘Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo, nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde recostar su cabeza’ ”*  
(Mateo 8:19, 20).

Pequeño o espacioso, ricamente amueblado o solo con lo esencial, acogedor siempre, ¡qué seguridad nos da disponer de un lugar donde albergar a nuestra familia! España tiene uno de los índices más elevados de Europa de viviendas compradas durante aquellos años de la burbuja inmobiliaria, cuando conseguir una hipoteca para comprar una propiedad era tan fácil. Pero ¿qué ha traído la crisis económica? Desempleo, disminución considerable de los recursos, imposibilidad de hacer frente a las cuotas de los bancos y, como consecuencia, ¡desahucios! Según datos de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca, en el primer semestre de 2012, se produjeron en España 517 desahucios diarios y la cifra global de personas que no podían pagar su hipoteca ascendió a 400.000. Pero el balance más trágico de los desahucios fue la opción que tomaron algunas personas desesperadas por la situación: el suicidio.

Pero hay un Dios en los cielos... cuando nos hemos quedado sin techo y sin hogar; cuando ni las leyes, ni el estado, ni las entidades bancarias protegen la seguridad de nuestras familias; cuando también nuestros hermanos pudientes parecen desentenderse de nosotros olvidando aquellas palabras: “Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?” (1 Juan 3:17); cuando interpelando con angustia al Señor, le pregunto: “¿Y tú, Señor, cubrirás con tu justicia y tu amor mi desamparo? ¿Nos abrirás una puerta donde cobijar a mi familia?”

Jamás hemos de olvidar que el Salvador tampoco tuvo un hogar ni un lecho donde recostar su cabeza, si no era el de sus amigos, que por ello comprende nuestra indigencia y nos auxiliará, que nos asegura que, en esos desoladores juicios de desahucios, “yo defenderé tu pleito y salvaré a tus hijos” (Isa. 49:25), que nuestros hermanos nos aman y saben lo que Dios espera de ellos, “que partas tu pan con el hambriento y recibas en tu casa al pobre sin techo” (Isa. 58:7, DHH), que Dios no nos va a dejar sin socorro y que, permítaseme la licencia interpretativa, existe “una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar” (Apoc. 3:8).

Dios conoce tu necesidad. No caigas en la desesperación. La solución está cerca.

## En la encrucijada de la decisión

---

*“No me ruegues que te deje y me aparte de ti,  
porque a dondequiera que tú vayas, iré yo, y dondequiera  
que vivas, viviré. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios, mi Dios”*  
(Rut 1:16).

**M**agnífico relato, excelente y aleccionador el ejemplo de la joven moabita, Rut, que, en una encrucijada de caminos, supo escoger el que le llevaba a Belén con su suegra. Fue así como llegó a ser israelita y adoradora del Dios verdadero y, por providencia divina, pasó de espigadora a esposa de un varón prestigioso, de extranjera a antepasada del rey David y del propio Jesús, el Mesías de Israel. Al contrario que su cuñada, Orfa, que decidió regresar a su país, Rut tomó la decisión correcta; como lo hizo la reina Ester cuando estaba en juego el exterminio de su pueblo; como lo hicieron los discípulos cuando, dejándolo todo siguieron a Jesús; como también lo hizo Pablo en el camino de Damasco.

Nunca es fácil tomar la decisión de dejar la tierra que nos ha visto nacer y llegar a un sitio extraño y hostil. Se requiere valor, fortaleza y confianza en Dios. Fue así como Rut estuvo dispuesta a seguir a su suegra.

Pero hay un Dios en los cielos... cuando nos encontramos en la encrucijada de la decisión, cuando la duda o la perplejidad no nos permiten saber qué es lo que más nos conviene, cuando hemos de decidir carrera o profesión, cuando se nos ofrece un cambio de residencia o responder a un llamamiento, escoger una relación amorosa y formar una familia; cuando Dios llama a la puerta de nuestro corazón y nos invita a un cambio de dirección para seguir sus pasos y tomar su cruz, cuando nuestra lealtad y fidelidad a Dios son puestas a prueba y debemos afrontar una decisión heroica, como José o Daniel en Egipto y Babilonia.

Jamás hemos de olvidar que los caminos del Señor no siempre coinciden con los nuestros, que hay caminos que parecen rectos pero al final son caminos de muerte, que necesitamos encomendarnos a él, dando siempre preferencia a la senda de justicia, de fidelidad, de comunión con Dios y que, entonces, se cumplirán sus promesas: “Te haré entender y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos”; “Entonces tus oídos oirán detrás de ti la palabra que diga: este es el camino, andad por él” y, como a Rut, “Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo, delicias a tu diestra para siempre” (Sal. 32:8; Isa. 30:21; Sal. 16:11).

Decídetes a seguir hoy a Jesús. Que nada te aparte de él.

## Aprovecha el día

.....

*“Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia. Anda según los caminos de tu corazón y la vista de tus ojos, pero recuerda que sobre todas estas cosas te juzgará Dios”*  
(Eclesiastés 11:9).

23  
enero

El tema del Eclesiastés, *carpe diem* (aprovecha el día), es común en la literatura universal. La expresión misma fue acuñada por el poeta romano Horacio (siglo I a.C.) en sus *Odas*. De ahí nació la versión renacentista, alegre, desenfadada, profana que el poeta Garcilaso de la Vega expresa así en su soneto XXIII:

“Coged de vuestra alegre primavera  
el dulce fruto, antes que el tiempo airado  
cubra de nieve la dorada cumbre”.

Como en Eclesiastés, la vida, la belleza, los placeres de la juventud, transcurren entre los dos adverbios de tiempo “en tanto que” y “antes que”, pero con una diferencia sustancial: Salomón incluye, al final de todo, el juicio divino que los poetas olvidan.

Pero hay un Dios en los cielos... cuando convierto mi vida en una experiencia risueña, divertida pero irresponsable; cuando asocio las oportunidades y los objetivos de la vida al placer, a la diversión y no al trabajo; cuando los criterios y normas que guían mi conducta me los dictan los impulsos del corazón y los reclamos de lo que me rodea; cuando el centro de la existencia, lo que más me importa, soy yo mismo, sin tener en cuenta a Dios, mis padres, mis maestros o mis amigos; cuando quiero disfrutar con fuerza y pasión la inmediatez de las emociones que me producen lo que veo, toco, gusto y siento, sin ejercer ningún control cualitativo o cuantitativo; cuando quiero disfrutar de cada momento de mi vida como si fuese el último.

Jamás hemos de olvidar que, aunque somos seres dotados de libre albedrío y podemos escoger, hacer o dejar de hacer, somos también seres moralmente responsables de nuestros actos; que nuestras emociones y nuestros sentidos deben estar bajo el control de nuestra inteligencia y conciencia; que, como dice la Escritura, lo que sembramos, como lo que edificamos, tienen sus impenitables resultados en la vida que el tiempo y las dificultades someterán a prueba; finalmente, que, como concluye Salomón: “Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre. Pues Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa oculta, sea buena o sea mala” (Ecl. 12:13-14).

Que Dios te ayude a aprovechar tu tiempo.

## Fiel hasta el final

.....

*“Sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshace, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha por manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial, pues así seremos hallados vestidos y no desnudos”*  
(2 Corintios 5:1, 2).

El pastor Edwin Ludescher fue presidente de la División Euroafricana durante más de veinte años. Para los presidentes de las Uniones de nuestra División, era un referente, un administrador cabal. Era un buen predicador, y durante más de una década, cuando visitaba España, yo fui el traductor de sus mensajes. Viajábamos juntos en mi vehículo y tuvimos ocasión de hablar largo y tendido. Me deleitaba escuchar las experiencias que había vivido como misionero en África occidental. Debo confesar que aprendí mucho de este hombre de Dios. En 1995 decidió retirarse, pero nuestra amistad continuó y se vio enriquecida por una correspondencia epistolar que ambos mantuvimos durante años.

Pero un día se cortó nuestra comunicación. Desde 2008 yo no sabía nada de él. Entonces me enteré por otros de la muerte de su esposa y que él mismo tenía una salud precaria. El 19 de abril de 2012, recibí una carta suya escrita desde Alemania, donde residen sus hijos. Su contenido me llenó de tristeza: “Mi situación ha cambiado drásticamente. A comienzos de 2008, los médicos me informaron que estaba sufriendo un cáncer de próstata muy agresivo [...]. Mi salud declina cada día más. Estoy esperando aquí el fin de mi vida. Que el Señor acorte este tiempo de sufrimiento [...]. Gerda, mi querida esposa, reposa en la tumba familiar del lugar donde nació. Mis cenizas serán depositadas junto a las de ella mientras esperamos el glorioso día del regreso de Cristo y la resurrección [...]. El Salmo 93 me conforta cuando dice: ‘¡Jehová reina!’”.

Este era el ocaso de una vida llena de servicios a la iglesia, de discipulado con Cristo, de fe y de esperanza en el glorioso advenimiento del Señor. Finalmente, y a pesar de que, como Pablo, reconocía que “su morada terrestre, este tabernáculo, se deshace”, mi amigo y maestro, el pastor Ludescher, se confortaba con la seguridad de que ¡Jehová reina! y que su providencia le está preparando “un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos”. Finalmente, el pastor Edwin Ludescher falleció el 11 de junio de 2012.

Pero hay un Dios en los cielos... cuando entramos en la última etapa de nuestras vidas. Las tribulaciones y el sufrimiento, incluso la muerte, son ligeros y temporales, en comparación con el excelente y eterno caudal de gloria que Dios nos ha prometido.



## Dios no desampara a sus hijos

25  
enero

*“Procurad tener tranquilidad, ocupándoos en vuestros negocios y trabajando con vuestras manos de la manera que os hemos mandado, a fin de que os conduzcaís honradamente para con los de afuera y no tengáis necesidad de nada”*  
(1 Tesalonicenses 4:11, 12).

Una de las consecuencias más dramáticas que tienen las crisis económicas es el incremento de la tasa de desempleo. En España se ha llegado a que una de cada cuatro personas en edad laboral no tenga empleo. ¡Una verdadera tragedia humana y económica! El escritor Rainer Maria Rilke visitó una vez en París al escultor Auguste Rodin y le preguntó:

–¿Cómo hay que vivir?

–Trabajando –contestó Rodin.

–Lo comprendo bien –dijo Rilke–, siento que “trabajar es vivir sin morir”, de lo que se puede deducir que “estar sin trabajo es morir sin vivir”.

Así es, este es el drama de millones de personas en el mundo que sufren el desempleo.

Pero hay un Dios en los cielos... cuando me he quedado sin trabajo y sin pan en el hogar; cuando no consigo empleo o, porque tengo más de cincuenta años, nadie me quiere contratar; cuando necesito trabajar y no puedo porque las empresas están cerradas y ya no sé dónde buscar; cuando paso inútilmente días enteros en las filas del Sistema Nacional de Empleo; cuando no puedo subvenir a las necesidades de mi familia y nos falta el pan y lo esencial; cuando la prestación que recibo del estado se me acaba; cuando por estar desocupado, me siento deslucido, como una carga para la sociedad o como un parásito.

Jamás hemos de olvidar que “Dios dio el trabajo como una bendición para que el hombre ocupara su mente, fortaleciera su cuerpo y desarrollara sus facultades. [...] la vida de trabajo y cuidado [...] le fue asignada por amor a él. [...] Era parte del gran plan de Dios para rescatar al hombre de la ruina y la degradación del pecado” (*Patriarcas y profetas*, págs. 31, 44). El trabajo agradable y vigorizador formó parte del plan de Dios para la criatura humana antes y después del pecado; Pablo recomienda a los tesalonicenses la laboriosidad y la faena como medio honrado de subsistencia y buen testimonio para los extraños. Entonces, si esto es así, ¿por qué no reclamar que Dios nos dé ese trabajo que él bendijo? David lo sabía cuando escribió: “Joven fui y he envejecido, y no he visto justo desamparado ni a su descendencia que mendigue pan” (Sal. 37:25).

Que el Señor te ayude hoy a confiar en esta promesa y ser fiel a su Palabra.

26  
enero

## ¡Miserable de mí!

*“Queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí.  
[...] ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?  
¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro!”  
(Romanos 7:21, 24, 25).*

A todos nos sorprende la sincera confidencia que Pablo hace en su epístola a los Romanos. Parece inverosímil que un gigante de la fe, un campeón del cristianismo como fue él, estuviera librando tan ardua lucha en el interior de su espíritu. Y, sin embargo, así es. Pablo confesó que no era perfecto aunque luchaba por conseguirlo (Fil. 3:12), que él era el primero de los pecadores (1 Tim. 1:15), que era muy consciente de su vulnerabilidad (1 Cor. 9:27). ¿Tenía Pablo dudas de su salvación cuando clamó: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” Sí, las mismas que podemos tener tú o yo cuando nos damos cuenta de que, después de muchos años de compañerismo con Cristo, todavía persisten ciertas tendencias de nuestra vida anterior.

Pero hay un Dios en los cielos... cuando me siento impotente ante mis debilidades y dudo de mi salvación; cuando constato que pecados que tantas veces he querido desterrar, todavía moran en mí y me tienen cautivo; cuando mi experiencia religiosa se ha convertido en una cadena de fracasos y frustraciones espirituales; cuando, como el apóstol Pablo, reconozco que “lo que hago, no lo entiendo, pues no hago lo que quiero, sino lo que detesto, eso hago. [...] Yo sé que en mí, esto es, en mi carne no habita el bien, porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo” (Rom. 7:15, 18).

Jamás he de olvidar que mi salvación depende mucho más de lo que Dios ha hecho por mí que de lo que yo mismo hago en favor mío, y que él ha cumplido todo lo necesario para que yo sea salvo; que dio a su Hijo para que muriera en mi lugar, que Pablo mismo concluye su confesión y responde a su pregunta con el grito de victoria: “¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro!” (Rom. 7:25). La santidad de Jesús y su muerte redentora son la plena garantía de mi salvación, como Pablo dijo en su epístola a los Hebreos: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de las obras muertas para que sirváis al Dios vivo” (Heb. 9:14).

Dios sabe lo que hace contigo. No te desespere. Él te sigue transformando. No te apartes de su mano.

## Como si fuera la primera vez

*“Que por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos,  
porque nunca decayeron sus misericordias;  
nuevas son cada mañana. ¡Grande es tu fidelidad!”*  
(Lamentaciones 3:22, 23).

27  
enero

Lo habitual y cotidiano, la costumbre o la rutina, lo que consideramos normal, las cosas que se renuevan indefectiblemente cada mañana, como dice el versículo de hoy, contienen, por lo general, bienes, bellezas, providencias y bendiciones que nos resultan inadvertidas: la libertad que gozamos, la variedad de opciones que se nos ofrecen, el pan nuestro de cada día, la salud, el trabajo, el cariño espontáneo y seguro de la familia, la compañía y cooperación de próximos y extraños que llenan nuestra soledad. ¡Cuántas bendiciones! También podemos mencionar el lienzo que un día nos encantó y que tenemos colgado en nuestro salón, la música que nos infiere ritmo, gozo o bienestar en nuestras labores y en nuestros reposos, el sol que nos calienta e ilumina, el aire que respiramos, el agua que apaga nuestra sed, la naturaleza vestida de ocre castaño en el otoño, el mar y el cielo, las gemas resplandecientes que tachonan el firmamento. Hay miles de cosas más que nos parecen obvias porque hemos olvidado aquel asombro y admiración de cuando las vimos o sentimos por primera vez.

Vivo desde hace varios años en Madrid y, por razones de trabajo, he visitado muchas veces Barcelona; ambas ciudades tienen bellezas urbanas admirables, pero ¿cuándo me armé de una cámara y salí de mi casa, como un turista más, para contemplar las maravillas desconocidas de mi propia ciudad? Recuerdo el día en que volví a mi lugar de origen, donde pasé los primeros dieciocho años de mi vida, y me dediqué simplemente a descubrir rincones, monumentos, ambientes espectaculares que me pasaron inadvertidos mientras conviví con ellos.

Lo mismo podemos decir de las misericordias, de las providencias y de la fidelidad inmovible de Dios por nosotros. Sus bendiciones se renuevan cada mañana y han pasado a ser, en nuestras vidas, algo consuetudinario. Ya no tienen, en nuestro espíritu, carácter de excepcionalidad. Pero la verdad es que nos estamos perdiendo muchos gozos de la fe y de la vida porque la rutina nos está impidiendo experimentar lo grande, lo hermoso, la singularidad del amor divino. ¡Ah! Si fuésemos capaces de pararnos a mirar, a descubrir, como Adán hizo en Edén, las cosas que acaban de surgir recién nacidas de la mano pródiga en bondades de nuestro Dios. Si pudiéramos recuperar la admiración y la gratitud exultantes de aquella primera vez y vivir como recién nacidos, en el asombro permanente de las misericordias de Dios.

¿Te gustaría renovar la esperanza en Dios en tu vida? Haz que suceda.

## Del Dios escondido al Dios de la Biblia

---

*“Verdaderamente tú eres Dios que te ocultas,  
Dios de Israel, que salvas”  
(Isaías 45:15).*

**D**urante la liturgia de la Semana Santa, en las iglesias católicas, las imágenes de los santos se cubren con un velo morado. El propósito de esta acción pascual es eclipsar todo acto de culto para resaltar el del Redentor en los días de su Pasión. También en los antiguos templos griegos se practicaba este rito; pues bien, al acto de retirar el velo que tapaba la imagen del dios, se le llamaba “apocalipsis” (del verbo griego *apocaluptó*, descubrir, desvelar o revelar algo que está oculto). Más tarde, ya en época cristiana, el término se aplicó de manera general a la revelación divina.

Dios es, por definición, inaccesible al hombre. La omnipotencia divina, su eternidad, su perfección absoluta son, por esencia, inconcebibles para nuestra limitada inteligencia. Dios se oculta, habita en un espacio inaccesible, y a quien nadie ha visto (Isa. 45:15; 1 Tim. 6:16; Juan 1:18). Por consiguiente, el hombre necesita que Dios se revele a él, necesita que se haga accesible, que Dios le muestre el medio, el camino para recuperar la comunicación y la comprensión de Dios.

Él ha querido revelarse, quitar el velo que le ocultaba de los hombres y lo ha hecho, en primer lugar, por medio de la naturaleza y de la conciencia, revelaciones primitivas, universales y permanentes que manifiestan algunas de sus perfecciones invisibles (Rom. 1:20; 2:14-16). Pero naturaleza y conciencia, con el desarrollo del mal en el mundo, se han hecho insuficientes. El pecado ha manchado la obra perfecta de la Creación y ha oscurecido la conciencia humana. Por ello el hombre ha necesitado una revelación de naturaleza diferente, superior, inconfundible, inequívoca. Esa revelación ha sido Jesucristo, Dios encarnado, que funde la doble naturaleza divino-humana, haciendo la hipóstasis de ambas en una sola persona que une lo humano y lo divino como nunca antes lo fueron.

Y entre las revelaciones primitivas y la revelación superior, existen una serie de revelaciones que son las que Dios concedió a Israel a través del profetismo y las que se dieron en la iglesia primitiva a través de los apóstoles. A estas revelaciones intermedias llamamos Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios. Revelación escrita en la que Dios condesciende a hacerse palabra humana, historia, texto escrito, un referente de cualquier conocimiento relacionado con Dios, el Salvador, la iglesia, sus doctrinas, la redención de la humanidad y la consumación de todas las cosas.

Lo mejor de todo es que Dios se ha revelado a sus hijos. Hoy te puede descubrir su profundo amor hacia ti.

## Cada creyente, un profeta

.....

*“Ve, pues, ahora, y escribe esta visión en una tabla en presencia de ellos,  
y regístrala en un libro, para que quede hasta el día postrero,  
eternamente y para siempre”*  
(Isaías 30:8).

29  
enero

Antes de la existencia de una revelación escrita, las verdades religiosas se transmitían por medio de la enseñanza oral. La extraordinaria longevidad de los patriarcas antediluvianos y su memoria prodigiosa libraban a este sistema de los inconvenientes que, más tarde, hicieron necesaria la redacción de los escritos canónicos. La historia de Jesús también fue en un principio oral, narrada por el testimonio de los discípulos.

El gran milagro de la historia de Israel y de la iglesia es el profetismo oral y escrito. Pero ¿por qué escogió Dios el profetismo? Por ser el medio idóneo para todos los hombres de todas las épocas. Por medio del profeta, Dios condesciende con el hombre, utiliza su lenguaje y, respetando la personalidad del instrumento escogido, pone en su mensaje el sello de su autoridad, “Así dice Jehová” término que aparece 550 veces en el Antiguo Testamento y “escrito está” en el Nuevo Testamento o expresiones similares, son el atributo del origen divino de las Escrituras.

El profetismo había de preparar un pueblo para la primera y la segunda venida del Mesías, además había de recordar a sus hijos que Dios tiene un representante en medio del pueblo, alguien que, en su nombre, guiaba, orientaba, reprendía, dirigía en tiempo de crisis y transmitía su voluntad (Deut. 30:11-14). Asimismo, por este medio, el hombre podía colaborar en el plan de la salvación, ya que no solo recibía un mensaje, sino que lo vivía y transmitía a otros; por lo tanto, el creyente auténtico es un profeta entre los no creyentes.

Los anuncios proféticos no sirven para satisfacer la vana curiosidad de los hombres, sino para que, cuando esos acontecimientos se cumplan, crean en la soberanía y providencia divinas. Por medio del profetismo el hombre alcanza el conocimiento de Dios y de sus planes y obtiene esperanza. Desaparece el temor al futuro ignorado y al fatalismo de la muerte como final absoluto. En su lugar, aparecen la confianza y el amor como reflejo del amor divino descubierto.

Hoy estamos llamados a proclamar la esperanza del advenimiento a un mundo en crisis. Como los profetas de antaño, no hemos de esperar reconocimientos ni aplausos; más bien, oposición, dificultades e impedimentos. Pero, ¡qué privilegio recibir, vivir y transmitir el mensaje de salvación! ¡Nada en la vida se compara con esta bendición!

## Inspirada divinamente

.....

*“Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”*  
(2 Timoteo 3:16).

La inspiración es una influencia sobrenatural que se ejerce sobre la persona que es objeto de una revelación capacitándola para recibir y transmitir sin error los oráculos de Dios. La inspiración se ejerce en tres etapas. El hombre objeto de una revelación es poseído por completo por el Espíritu Santo (Eze. 8:3; 37:1); en la redacción, el hombre es guiado por el Espíritu Santo para comunicar verbalmente o por escrito la verdad que le ha sido revelada (2 Ped. 1:21); en la iluminación, los fieles son asistidos por el Espíritu Santo al interpretar los escritos sagrados (Heb. 6:4-5).

Hay cientos de testimonios implícitos de la inspiración de los autores bíblicos: más de mil veces los profetas asimilan su mensaje a la Palabra de Dios con expresiones como “así dice Jehová” o “fue a mí palabra de Jehová”. También hay testimonios explícitos: “El espíritu de Jehová habla por mí, su palabra está en mi lengua” (2 Sam. 23:2); “Toda Escritura es inspirada por Dios” (2 Tim. 3:16) y “Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Ped. 1:21). Resultan particularmente esclarecedores los testimonios de Elena de White: “Dios se ha dignado comunicar la verdad al mundo por medio de instrumentos humanos, y él mismo, por su Santo Espíritu, habilitó a hombres y los hizo capaces de realizar esta obra. Guió la inteligencia de ellos en la elección de lo que debían decir y escribir” (*Mensajes selectos*, t. 1, p. 29). “No son las palabras de la Biblia las inspiradas, sino los hombres son los que fueron inspirados. La inspiración no obra en las palabras del hombre, ni en sus expresiones, sino en el hombre mismo, que está imbuido con pensamientos bajo la influencia del Espíritu Santo. [...] La mente y voluntad divinas se combinan con la mente y voluntad humanas. De ese modo, las declaraciones del hombre son la palabra de Dios” (*ibid.*, p. 24). “Pero la Biblia, con sus verdades de origen divino expresadas en el idioma de los hombres, es una unión de lo divino y lo humano. Esta unión existía en la naturaleza de Cristo, quien era Hijo de Dios e Hijo del hombre. Se puede decir de la Biblia, lo que fue dicho de Cristo: ‘Aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros’” (*ibid.*, p. 28).

Confía en que la Biblia es la Palabra de Dios, revelada e inspirada, escrita en un lenguaje sencillo para que tú puedas entender la voluntad divina.

## *Sola Scriptura*

.....

“No solo de pan vivirá el hombre,  
sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”  
(Mateo 4:4).

31  
enero

Las reuniones del Congreso de la Asociación General de 1909 se llevaron a cabo del jueves 13 de mayo al domingo 6 de junio. Elena de White tenía entonces 82 años. Posiblemente, intuía que aquella sería su última comparencia en un congreso mundial. W. A. Spicer, secretario de la Asociación General, describe así las palabras de despedida de la señora de White el día de la clausura: “Tomó la Biblia de la cual había leído, la abrió y la sostuvo sobre sus manos extendidas que temblaban por la edad. Entonces exhortó: “Hermanos y hermanas, os recomiendo este Libro”. Sin otra palabra cerró el libro, y se retiró de la plataforma. Fue su último pronunciamiento oral en la asamblea mundial de la Iglesia Adventista” (*The Spirit of Prophecy in the Advent Movement*, p. 30).

Elena de White deja constancia de la autoridad suprema de la Biblia en la iglesia de Dios: “Pero Dios tendrá en la tierra un pueblo que sostendrá la Biblia y la Biblia sola, como piedra de toque de todas las doctrinas y base de todas las reformas. Ni las opiniones de los sabios, ni las deducciones de la ciencia, ni los credos o decisiones de concilios tan numerosos y discordantes como lo son las iglesias que representan, ni la voz de las mayorías, nada de esto debe ser considerado como evidencia en favor o en contra de cualquier punto de fe religiosa. Antes de aceptar cualquier doctrina o precepto debemos cerciorarnos de si está autorizado por un categórico ‘Así dice Jehová’ ” (*El conflicto de los siglos*, p. 581).

Martín Lutero y los primeros reformadores se levantaron contra los abusos de la Iglesia Católica de aquel tiempo, concediendo a las Sagradas Escrituras un papel crítico frente a tales arbitrariedades dogmáticas y de costumbres. Así nació el principio evangélico de *Sola Scriptura*, es decir, la Biblia es nuestra única regla de fe y costumbres, frente a la tradición considerada por los católicos como fuente subsidiaria de revelación. El principio *Sola Scriptura* sigue siendo sostenido y defendido por el pueblo de Dios: “En su palabra, Dios comunicó a los hombres el conocimiento necesario para la salvación. Las Santas Escrituras deben ser aceptadas como dotadas de autoridad absoluta y como revelación infalible de su voluntad. Constituyen la regla del carácter; nos revelan doctrinas, y son la piedra de toque de la experiencia religiosa” (*ibid.*, p. 10).

¿Tienes una Biblia? Comprométete a estudiarla todos los días. Muchos de tus hermanos de otras épocas dieron su vida por este santo libro.